

Último autobús a Woodstock

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Last Bus to Woodstock*

En cubierta: fotografía © GLC Pix / Alamy Stock Photo

Diseño gráfico: Gloria Gauger

Publicado originalmente en inglés por Macmillan, un sello de Pan Macmillan, una división de Macmillan Publishers International Limited

© Colin Dexter, 1975

© De la traducción, Pablo González Nuevo

© Ediciones Siruela, S. A., 2023

Publicada por acuerdo con Casanovas & Lynch Agencia Literaria c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19419-76-7

Depósito legal: M-41-2023

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Colin Dexter

ÚLTIMO AUTOBÚS A WOODSTOCK

Traducción del inglés de
Pablo González Nuevo

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

Preludio

—Esperemos un poco más, por favor —dijo la chica de los pantalones azul oscuro y chaqueta fina de verano—. Estoy segura de que llega uno muy pronto.

Pero al parecer no lo estaba, y por tercera vez se volvió para mirar el horario de la Línea 5 en su marco rectangular. Por desgracia, su mente nunca había sido muy eficaz a la hora de moverse en ese mundo de cifras y columnas y el dedo que se desplazaba desde la izquierda del marco tenía pocas probabilidades de encontrarse en la coordenada correcta con el que descendía describiendo una dudosa vertical desde el borde superior. La chica que estaba a su lado cambió el peso de su cuerpo de un pie al otro con impaciencia y dijo:

—No sé yo.

—Solo un minuto. Dame un minuto.

Volvió a concentrarse en las columnas importantes: 4, 4A (no circula después de las 18:00 horas), 4E, 4X (solo sábados). Era miércoles. Con lo cual, si las dos en punto eran las 14:00 horas, entonces, eso quería decir...

—Mira, *cariño*, tú haz lo que quieras, pero yo voy a hacer autostop y pienso subirme al primer coche que *paree*.

La costumbre de Sylvia de alargar algunas vocales finales le resultaba bastante irritante, pues una nunca sabía cuándo iba a terminar la frase. Si llegaban a ser buenas amigas tendría que comentárselo.

¿Qué hora era ya? Las siete menos cuarto de la tarde. Eso serían las 18:45 horas. Por fin empezaba a aclararse.

—Vamos, alguien nos recogerá en un abrir y cerrar de ojos. Es lo que esperan la mayoría de los tíos: ver un poco de falda por encima de la *rodillaaa*.

Y lo cierto es que no parecía haber motivos para poner en duda el enérgico optimismo de Sylvia. Ningún conductor dispuesto a recogerlas pasaría por alto su minúscula falda y las incitantes y hermosas piernas que había debajo.

Las dos chicas permanecieron en silencio unos instantes, en una impaciente y estática tregua.

Una mujer de mediana edad caminaba hacia ellas, deteniéndose de cuando en cuando y girando la cabeza para mirar el tramo de carretera cada vez más oscuro que conducía al corazón de Oxford. Volvió a pararse a escasos metros de las chicas y dejó en el suelo su bolsa de la compra.

—Perdone —dijo la primera chica—. ¿Sabe cuándo pasa el siguiente autobús?

—Llegará uno en pocos minutos, querida —dijo, y volvió a contemplar la gris distancia.

—¿Va a Woodstock?

—No, creo que no, solo hasta Yarnton. Entra en el pueblo y allí da la vuelta y regresa.

—Ah.

La joven caminó hasta la mitad de la calzada, miró hacia un lado y retrocedió al ver que se aproximaba una pequeña caravana de automóviles. Ahora que el sol empezaba a ponerse, algunos conductores ya circulaban con las luces encendidas. No había ningún autobús a la vista y era evidente que estaba ansiosa.

—No pasará *nadaaaa* —dijo Sylvia, con cierta impaciencia—. Ya lo verás. Mañana por la mañana nos *reiremoos* de ello.

Pasó otro coche. Y otro. Después, de nuevo el silencio del templado anochecer otoñal.

—Bueno, quédate si quieres, yo me voy.

Su acompañante observó a Sylvia mientras caminaba hacia la rotonda donde se toma el desvío hacia Woodstock, a unos ciento ochenta metros carretera arriba. No era un mal sitio para hacer autostop, pues los coches tenían que reducir la velocidad antes de poder entrar en el anillo de circunvalación.

Y entonces se decidió.

—¡Sylvia, espera! —gritó.

Y cerrándose el cuello de la ligera chaqueta de verano con una mano enguantada empezó a correr con torpeza, como si tuviera los pies planos.

La mujer de mediana edad seguía atenta en la parada, esperando la llegada del autobús de la Línea 5. Y pensaba en cuánto habían cambiado las cosas desde que ella era joven.

Pero la señora Mabel Jarman no tuvo que esperar mucho tiempo. Distintos pensamientos la asaltaron fugazmente de forma un tanto azarosa. Pronto llegaría a casa. Más tarde, cuando tuvo que recordar lo sucedido, se dio cuenta de que podía describir a Sylvia con bastante precisión: su cabello largo y rubio, su despreocupada y provocativa sensualidad. De la otra chica recordaba poco: una chaqueta fina, pantalones oscuros..., pero ¿de qué color? El cabello... ¿castaño claro? «Por favor, señora Jarman, haga todo lo que pueda por recordar. Es absolutamente vital para nosotros que recuerde lo más posible». Se fijó en algunos coches y en un pesado y bamboleante camión articulado cargado con una insólita cantidad de carrocerías de coche sin ruedas. ¿Conductores? ¿Hombres que viajaran sin acompañante? Ella intentaría recordar con todas sus fuerzas. Sí, había visto a algunos, de eso estaba segura. Habían pasado varios frente a ella.

A las siete menos diez una larga silueta rosada adquirió forma gradualmente ante sus ojos. Recogió su bolsa del suelo

mientras el autobús rojo se acercaba efectuando varias paradas en la distancia gris. Pronto casi pudo leer las letras blancas sobre la cabina del conductor: WOODSTOCK. ¡Ay, señor! Entonces se había equivocado cuando la muchacha le preguntó por el siguiente autobús. Bueno, tampoco tenía mucha importancia. No iban lejos. Alguien las recogería o verían el autobús y conseguirían alcanzarlo en la siguiente parada. «¿Cuánto tiempo hacía que se habían marchado, señora Jarman?».

Se apartó un poco de la parada del bus y el conductor de Woodstock continuó su ruta agradecido por no tener que detenerse. En cuanto el autobús se perdió de vista ella vio aparecer otro escasos metros más atrás. Ese tenía que ser el suyo. El autobús de dos pisos se detuvo en la parada cuando la señora Jarman levantó la mano. A las siete y dos minutos estaba en casa.

Aunque actualmente era viuda y sus dos hijos ya eran mayores y estaban casados, el adosado donde vivía seguía siendo su verdadero hogar, y su soledad no carecía de compensaciones. Se preparó una sustanciosa cena, fregó los platos y encendió la televisión. No era capaz de entender por qué la gente criticaba tanto la programación. A ella le gustaba prácticamente todo y a menudo deseaba poder ver dos canales a la vez. A las diez en punto vio la sección principal del telediario y después fue a acostarse. A las diez y media estaba profundamente dormida.

Fue a las diez y media también cuando encontraron el cuerpo de una joven en un patio de Woodstock. Había sido brutalmente asesinada.

PARTE UNO

Búsqueda de una chica